

La Iglesia católica de cara a los cambios en América Latina

José Miguel Márquez
Fariñas
Investigador

América Latina y la política hegemónica de los Estados Unidos

La imbricación de los procesos sociales de Latinoamérica con el papel de los Estados Unidos como potencia hegemónica del área nos obliga a hacer un breve recuento histórico.

Con la firma en Francia en 1898 del Tratado de París, terminó la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y España transfirió a los Estados Unidos la posesión de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Cuba, ya casi alcanzada la independencia después de haber enfrentado durante 30 años a un enemigo muy superior, fue excluida de la negociación, y el país del norte emergió como potencia mundial luego de haber transitado en el siglo XIX un largo camino expansionista.

En 1803, durante el mandato de Thomas Jefferson, obtuvo de Francia la Louisiana; en 1819, con James Monroe, compró la Florida a España; durante la primera mitad del siglo usurpó a México los territorios de Ca-

lifornia, Nevada, Utah, la mayor parte de Arizona, Nuevo México y Texas, y por último en 1867 compró a Rusia el territorio de Alaska.

La política expansionista y hegemónica de los Estados Unidos hacia América Latina abarca más de 200 años, y se remonta casi a la proclamación de la independencia en 1776, cuando se adopta el nombre de Estados Unidos de América, en clara referencia a todo el continente, a pesar del limitado tamaño de su territorio original. En 1788, Alexander Hamilton subrayó la necesidad de ligar los 13 estados indisolublemente y de crear un gran sistema americano, capaz de dictar los términos de las relaciones entre el viejo y el nuevo mundo, y esta idea ha permanecido en la base de la política norteamericana.

Confluyen en esta dirección hegemónica la doctrina Monroe “América para los americanos” (léase “América para los estadounidenses”), y la tesis de la fruta madura formulada por John Quince Adams, la cual vaticinaba que Cuba, al desmembrarse de España, sin remedio caería bajo el dominio de los Estados Unidos.

Asimismo, a partir de 1845 se propagó la doctrina del Destino Manifiesto, que designaba por la providencia a los estadounidenses para ejercer su dominio sobre todo el continente y “desarrollar el gran experimento de libertad y autogobierno”.

Vale mencionar también la política del Gran Garrote, formulada por el presidente Teodoro Roosevelt (1901-1909), que comprendía la aplicación de la fuerza contra los países que se negaran a aceptar sus “ofertas generosas”, o la política del Buen Vecino o Diplo-

macia del Dólar, implementada por el presidente Franklin Delano Roosevelt (1933-1945), como paliativo de la gran depresión de los años 30.

Es así cómo, a lo largo de los siglos XIX y XX y sobre la base de una fuerte penetración económica, los Estados Unidos sentaron las bases y desarrollaron su estrategia de dominación en América Latina, logrando crear un “sistema interamericano” en función de sus intereses políticos, económicos, de defensa y seguridad en el contexto de la segunda guerra mundial. Para ello estableció primero la Junta Interamericana de Defensa (JID), luego, en septiembre de 1947 el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), y en abril de 1948 la Organización de Estados Americanos (OEA), instrumento jurídico ideal para su dominación en el continente. Fueron sus aliados en este empeño, como resulta hasta el día de hoy, las oligarquías nacionales con sus partidos políticos, los medios masivos de comunicación controlados por ellas, los militares y los sectores de derecha de las jerarquías católicas latinoamericanas.

La Iglesia en la conquista, colonización y el proceso independentista latinoamericano

La Iglesia católica apareció en América Latina junto a los conquistadores. Fue soporte ideológico de la colonización, levantando el estandarte de la evangelización y cristianización para santificar un proceso que cobró decenas de millones de vidas a las civilizaciones establecidas en el nuevo mundo.

Participó en la explotación y saqueo de la población indígena, defendió el régimen colonial, la esclavitud de los

negros, opuso obstinada resistencia a la abolición de la Inquisición que actuaba en las posesiones españolas, y alcanzó un potencial económico de consideración. El clero en las colonias usurpó la mitad de todas las riquezas, puso freno al desarrollo de las fuerzas productivas locales y colaboró con las autoridades coloniales en la represión de los movimientos libertadores.

En el caso de Cuba tomó partido al lado de la corriente anexionista al valorar las ventajas que representaba para la Iglesia la pertenencia de Cuba a los Estados Unidos. Para la jerarquía católica de la isla resultaba menos incómodo tratar con las autoridades y la Iglesia norteamericana, que vérselas con un gobierno que representaba los intereses independentistas contra los que se había enfrentado durante toda la guerra. Por otra parte, el Vaticano y la Iglesia católica norteamericana favorecieron el anexionismo que, en un país predominantemente protestante, incrementaría el número de católicos allí y por ende su influencia.

La participación de la Iglesia católica en el proceso histórico latinoamericano se caracterizó por responder, ante todo, a sus intereses como institución, enfrentando siempre las realidades políticas y sociales y los procesos de lucha independentista al lado de los sectores explotadores para garantizar su propio estatus de dominación.

Así se asentó, se desarrolló y fue construyéndose a lo largo de estos años la Iglesia en Latinoamérica, delineándose como aliada de las clases oligárquicas en el poder y estableciendo entre sus principales proyecciones afianzarse como un factor de influencia política importante en las sociedades,

y con predominio, además, sobre el resto del ámbito religioso donde actúa, anteponiendo sus intereses como institución a todo lo demás.

Durante el proceso de las luchas por la independencia son innumerables las muestras del apoyo incondicional de la Iglesia al régimen colonial. Es así como el obispo de Mérida, Milanés Hernández, conociendo el desembarco de Francisco de Miranda y sus voluntarios por Coro en 1806, recorrió las poblaciones costeras para imbuir a los creyentes en la idea de que les amenazaba una banda de criminales, capitaneada por el “monstruo” Miranda, hereje y ateo, que había vendido su alma al anticristo.

El propio Simón Bolívar le refiere a Peru de Lacroix la actitud del clero hacia él cuando manifiesta:

[...] no puedo recordar sin risa y sin desprecio el edicto en que me excomulgaron, a mí y a todo mi ejército, los gobernadores del arzobispado de Bogotá, doctores Pey y Duquesne, el 3 de diciembre del año 1814, afirmando que yo venía a saquear las iglesias, a perseguir a los sacerdotes, a degollar a los hombres y a los niños y todo esto para retractarlo públicamente con otro edicto, en el que en lugar de pintarme como un impío y hereje, como lo habían hecho en el primero, confesaban que yo era un buen y fiel católico. ¡Qué farsa tan ridícula y qué lección para los pueblos! Nueve o diez días de intervalo hubo entre aquellos dos edictos. El primero se dio porque marchaba sobre Bogotá por orden del Congreso General, y el segundo porque había entrado victorioso en

aquella capital. Nuestros sacerdotes tienen todavía el mismo espíritu, pero el efecto de las excomuniones es nulo ahora; los fulminan sin otro resultado que el de aumentar su ridículo, mostrar su impotencia y aumentar cada día el desprecio que merecen.¹

También en Cuba hubo casos notables. En un artículo publicado en la revista española *Blanco y Negro* se señalaba a página entera: “Alto ejemplo de patriotismo están dando los Obispos españoles al promover en sus diócesis respectivas la formación de batallones de voluntarios que defiendan en Cuba la integridad de la Patria, el honor de la bandera y con ello la fe de nuestros mayores, pues bien sabido es que el triunfo de la insurrección redundaría en perjuicio no sólo de la patria, sino también, de la religión cristiana cuyas cruces coronaron siempre nuestras banderas”.² Los obispos de Oviedo, Valladolid y Madrid, entre otros, promovieron y patrocinaron batallones de voluntarios.

Pero la Iglesia, en su entramado de relaciones complejas no siempre pudo evitar dentro de su membresía la actuación contraria a su postura oficial. Ella tuvo sus luces en figuras como fray Bartolomé de las Casas, defensor de los pueblos indígenas frente al atropello de los colonizadores; el obispo de La Habana Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, que promovió el movimiento intelectual y apoyó a los sectores desfavorecidos de la sociedad cubana; el presbítero cubano Félix Varela y Morales, a quien José Martí calificó de “patriota entero”; el sacerdote José Cortés Madariaga, el cual participó activamente en el levantamiento del 19 de abril de 1810 en

Caracas para derrocar el poder español; los próceres de la independencia de México, sacerdotes Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón, para tan solo citar algunos ejemplos entre muchos religiosos que enfrentándose al poder colonial lucharon contra el régimen español y el cuestionamiento y represión de la propia Iglesia.

Con el triunfo de los independentistas, la Iglesia católica no perdió su poderío económico ni los privilegios disfrutados durante la colonia. La Iglesia, los militares y la oligarquía, en primer lugar los grandes terratenientes, continuaron salvaguardando sus intereses. “Estos tres estratos formaban la trinidad que se oponía con todas las fuerzas a la creación de estados con economías desarrolladas e independientes y formas de gobierno democrático-burguesa. El conflicto general acerca del estatuto de la Iglesia, se agudizó en virtud de que la Iglesia, como la mayor latifundista y, en general, como propietaria, era la fuente principal de la reacción política y apoyaba invariablemente todos los grandes movimientos contra el proceso democrático, provocando ella misma algunos de ellos”.³

En Cuba, donde la Iglesia era presentada por sus voceros de la época como una institución estancada y de poco desarrollo, que se explicaba por su papel histórico opuesto siempre a los intereses de la nación cubana, presentó cierto florecimiento en las décadas del 40 y 50 y fue muy favorecida en lo económico durante el régimen represivo y pro yanqui del dictador Fulgencio Batista al que apoyó hasta su derrocamiento.

Durante todo este período mantuvo silencio frente a las dramáticas situaciones enfrentadas por los pueblos

latinoamericanos como mantendría mucho después silencio con respecto a los golpes de Estado, la instauración de gobiernos militares, los crímenes, las torturas, las desapariciones, el asesinato de los dirigentes populares y la aplicación de una política de terror.

Trayectoria del Consejo Episcopal Latinoamericano a partir de su creación en 1955

Al crearse la OEA en 1948, los Estados Unidos cerraron el lazo que les garantizaba su hegemonía política en América Latina, el cual en el plano religioso tendría su equivalente siete años más tarde, en 1955, en el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), devenido en instrumento de control y dominación en el ámbito religioso.

Como antecedente, los episcopados en América Latina apreciaban con satisfacción sus nexos con la Iglesia católica de los Estados Unidos y Canadá, pues los consideraban beneficiosos para reforzar y fortalecerse tanto en cuadros como en lo económico la Iglesia latinoamericana.

A su vez, la Iglesia católica de los Estados Unidos se favorecía incrementando su influencia en un medio predominantemente protestante con el desarrollo de la migración hispanoamericana a Norteamérica y con los nexos con las iglesias católicas de estos países.

La temprana proyección de la Iglesia católica de los Estados Unidos hacia América Latina está reflejada en la investigación del historiador canadiense jesuita Richard Pattée “El catolicismo contemporáneo en Hispanoamérica”, donde afirma “Esta respondió a la naciente visión de América Latina como un conjunto regional de identidad

propia. Por ello fue contemporánea de la fundación de la Organización de Estados Americanos (OEA) y de la preparación de la Conferencia Episcopal Latinoamericana que se celebraría en Río de Janeiro (1955) y crearía el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)".⁴

Al respecto, monseñor Bryan O. Walsh, quien fuera sacerdote de la diócesis de Miami y tuviera una estrecha vinculación con el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), dada su activa participación en el proceso migratorio cubano iniciado al triunfo de la Revolución, definió esa década como "los años de la guerra fría", caracterizados a su juicio por la percepción de que el comunismo se iba a implantar en todo el mundo de un momento a otro, lo cual, en su opinión, generó una gran actividad misionera por parte de la Iglesia católica tanto en los Estados Unidos como en el extranjero. En especial, aseguró que entre 1954 y 1960, "[...] la Iglesia Católica y los Estados Unidos comenzaron a interesarse y preocuparse de la suerte de nuestros vecinos católicos al sur del Río Grande".

Bajo los auspicios de Pío XII, aliado de las fuerzas políticas más reaccionarias, se había convocado la I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en la cual se creó el CELAM, aparentemente como órgano de estudio, coordinación, servicio y apoyo a la organización de nuevas conferencias. Una reseña sobre la trayectoria de dicho órgano apunta que el CELAM constituye un elemento de enlace y colaboración entre las conferencias episcopales de la Iglesia católica en América Latina y que,

aun careciendo de autoridad ejecutiva sobre ellas, logra ejercer influencia en las iglesias locales al responder a las directivas del Vaticano.

En 1968 se reunió en Medellín, Colombia, la II Conferencia General. Se llevó a cabo poco después del Concilio Vaticano II (que convocado por el Papa Juan XXIII había significado una apertura de la Iglesia) y fue influenciada por este.

Pablo VI, continuador de la línea de Juan XXIII, convocó e inauguró las sesiones. Las conclusiones de la segunda Conferencia implicaron "un mensaje de esperanza, un llamado a la lucha", un claro compromiso de la Iglesia con los pobres del continente, así como una denuncia precisa de la acción explotadora del capitalismo internacional y el imperialismo, y ello expresaba también el cambio que había tenido lugar en la realidad socioestructural de la región y el creciente papel de las fuerzas progresistas.

En diciembre de 1976, la XVI Asamblea Ordinaria del CELAM propició la celebración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, convocada oficialmente por Pablo VI el 12 de diciembre de 1977. Había de realizarse en Puebla, México, entre el 12 y el 28 de octubre de 1978. En marzo de 1977 se designó el tema: "La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina". En diciembre de 1977 se difundió un primer material preparatorio de 214 páginas, el Documento de Consulta a las Conferencias Episcopales, examinado y aprobado por los directivos del CELAM.

Dicho documento provocó una vigorosa polémica, que se tradujo en un gran número de documentos críticos

elaborados por teólogos, comunidades cristianas, conferencias episcopales, etcétera. El documento de consulta fue criticado, en particular por no recuperar la línea de Medellín, relativa al compromiso con los pobres y oprimidos y a la denuncia de la situación de explotación y violencia estructurales.

En agosto de 1978, el CELAM envió a las conferencias episcopales y a los demás participantes un segundo material, el Documento de Trabajo o Documento Base, que debía recuperar las aportaciones de las reuniones regionales de dichas conferencias episcopales y constituir una base para la reflexión en Puebla de los Ángeles.

Juan Pablo I confirmó la realización de la Conferencia. La muerte de este provocó su posposición y fue convocada por Juan Pablo II para el período comprendido entre el 27 de enero y el 13 de febrero de 1979. La presidencia estuvo a cargo del cardenal Sebastiano Baggio, quien ejercía en la Curia Romana las funciones de prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos y de presidente de la Pontificia Comisión de América Latina, así como del cardenal Aloisio Lorscheider, entonces presidente del CELAM, y de monseñor Ernesto Corripio Ahumada, arzobispo de México, posteriormente designado cardenal.

El secretario general fue monseñor Alfonso López Trujillo, el cual ocupaba el mismo cargo del CELAM y después fue su presidente. Los sectores progresistas de la Iglesia católica denunciaron la sistemática exclusión de obispos y teólogos que eran percibidos como vinculados a la Teología de la Liberación o sectores afines, como monseñor Sergio Méndez Arceo, entonces obispo

de Cuernavaca, México; monseñor Jaime Francisco de Nevares, obispo de Neuquén, Argentina; monseñor Pedro Casaldáliga, obispo de Sao Felipe, y monseñor Antonio Batista Fragoso, obispo de Catreús, ambos de Brasil, entre otros.

Los contenidos de los documentos preliminares y la selección de los participantes permitieron avizorar cómo la III Conferencia General se inscribiría en una lucha ideológica agudizada al interior de la Iglesia y que sería expresión de una crisis ideológica más amplia de las formaciones sociales de América Latina. Numerosas publicaciones especializadas recogieron los ecos de ese conflicto y en él se insertaron colaboraciones de más de 20 especialistas. Como ellos mismos afirmaron, no se trataba solo de la temática intraeclesial, sino de la discusión de un conjunto de problemas que afectaban a los desposeídos del área: dependencia, marginalidad, urbanización y desarrollo industrial, militarismo y carrera armamentista, seguridad nacional, defensa de los derechos humanos y papel político de los cristianos:

[...] la III Conferencia era, sin duda, un hecho social y político de envergadura. Más allá de su contenido religioso y eclesial, representaba un espacio y un momento crucial para la confrontación de las fuerzas en pugna en nuestro continente. Los gobiernos, las fuerzas populares, las fuerzas armadas, las clases hegemónicas, pusieron sus ojos en esa reunión esperando, cada cual, las definiciones de la jerarquía eclesial latinoamericana. Y el imperialismo puso no sólo sus ojos, sino que hizo de esa reunión

un objeto más dentro de su estrategia.⁵

Debe notarse que el compromiso con los oprimidos a partir de las premisas de Medellín, fundamentadas por la Teología de la Liberación, implicó, para ciertos grupos cristianos (tanto de sacerdotes como de religiosas y de laicos) la represión simbólica o directa por parte de miembros de la jerarquía eclesiástica o de los regímenes militares.

El surgimiento y crecimiento de la Teología de la Liberación es un rasgo característico de la Iglesia latinoamericana. El teólogo chileno Pablo Richard sostuvo que de este proceso nació y se desarrolló en América Latina una nueva “Iglesia popular”. Para dicho autor, su originalidad radica en la participación consciente de los cristianos en el movimiento popular obrero-campesino, o sea, en la lucha política de los pobres.

Según Richard, cuanto más se profundiza el compromiso político, mayor es la necesidad de una nueva espiritualidad. No se confunde la radicalización política con radicalización cristiana, pero ambas se integran en una misma práctica de liberación. La Teología de la Liberación aparece como una respuesta teológica a la práctica.

Esta corriente enfatiza la reflexión sobre el sentido del compromiso con la justicia y con la liberación de los pueblos oprimidos en orden a la evangelización. Es una teología crítica que se apoya en las ciencias sociales, y que asume la lucha política de clases.

La reunión de Petrópolis, Brasil, en 1964, que congregó a destacados teólogos latinoamericanos después del

Concilio Vaticano II, puede considerarse un hito clave en el desarrollo de la Teología de la Liberación. Los documentos emanados de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín, pusieron en evidencia la utilización de enfoques y criterios metodológicos de esta tendencia teológica, la cual predominó en ellos en relación con las “conservadoras” –las que sostienen una práctica religiosa tradicional prescindente del contexto social–, y aun sobre las “terceristas”, que mantienen posiciones reformistas e intermedias entre capitalismo y socialismo.

A pesar de haberse diseñado el CELAM para responder a los intereses del Vaticano y de la jerarquía eclesiástica latinoamericana predominantemente reaccionaria, en una región de la mayor prioridad para la Iglesia y para los Estados Unidos, esta entidad surgida al unísono con la OEA, no pudo evitar que se manifestaran en su seno diversas corrientes y posiciones que reflejaban la realidad social de nuestro continente. Pese a los ingentes esfuerzos de las jerarquías comprometidas con las clases oligárquicas no pudieron anular el peso y desarrollo del pensamiento progresista de los cristianos comprometidos en la lucha por crear una sociedad más justa.

La Iglesia en el panorama latinoamericano desde 1960 a la década del 80

La hegemonía alcanzada por los Estados Unidos en América Latina durante la década del 50 entró en crisis a partir de los años 60, con una revitalización de los movimientos de liberación impulsados entre otros factores por el triunfo de la Revolución cubana. Los

acontecimientos socio-políticos reflejaron el desarrollo de una conciencia y práctica revolucionaria en el continente. En distintas naciones emergieron movimientos revolucionarios y se combinaron por una parte, diversas formas de lucha, y por otra, la participación junto a los oprimidos de elementos de la pequeña burguesía e incluso de miembros de los ejércitos nacionales.

El ámbito existente va configurando el escenario religioso. En la década del 70, la situación socioeconómica no solo fue favorable para el auge de los movimientos de liberación nacional y de distintas organizaciones revolucionarias, sino además para el surgimiento de nuevas corrientes y movimientos religiosos.

Comenzó a desarrollarse en la región una tendencia progresista al interior de la Iglesia católica, que cobró mayor fuerza después del Concilio Vaticano II, de la Segunda Conferencia de Obispos en Medellín, Colombia, en 1968, y sobre lo que incidió positivamente también con posterioridad, la Conferencia de Puebla celebrada en 1979.

Emergen durante la etapa señalada diversos movimientos religiosos de izquierda integrados por católicos y cristianos protestantes progresistas y revolucionarios, que manifiestan su sensibilización con los problemas acuciantes del pueblo, tales como Cristianos por el Socialismo (Chile), Movimiento Tercermundista (Argentina), ONIS (Perú), Golconda (Colombia), e Iglesias y Sociedad (Uruguay). Después de la muerte del sacerdote guerrillero Camilo Torres, se organiza el Movimiento Camilista, fundado por el argentino Juan García Elorrio, director y fundador también

de la revista católica de izquierda *Cristianismo y Revolución*, que reflejaba las opiniones del catolicismo tercermundista.

Sin embargo, la década del 70 significó para la generalidad de los países latinoamericanos un período de represión y cierto retroceso, aun cuando durante la década algunos países como Chile y Nicaragua mostraron procesos de cambio que fueron después tronchados.

Debe recordarse que en 1970 obtuvo la victoria electoral en Chile la Unidad Popular y ocupó la presidencia Salvador Allende, quien inició un conjunto de transformaciones económicas que beneficiaban al pueblo. Este proceso democrático popular, que no pudo ser derrocado ni en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, ni a través del boicot económico que desplegó el imperialismo norteamericano, lo fue por medio de un cuartelazo fascista dirigido por el general Augusto Pinochet dando inicio así a las páginas más sangrientas de la historia en Chile.

Lo característico durante los años 70 fueron las crueles dictaduras de Perú, Argentina, Uruguay y Brasil, entre otros países latinoamericanos. La violación de los derechos humanos más elementales, y la puesta en práctica de la Doctrina de Seguridad Nacional, fueron los signos distintivos de los regímenes oligárquicos, tiránicos y proimperialista de ese período.

Durante esos años, las juntas militares, además de reprimir violentamente al pueblo para destruir su conciencia política y sus intenciones de transformación revolucionaria de la realidad, implantaron los programas económicos del Fondo Monetario Internacional,

entregándose lo fundamental de las economías nacionales al capital extranjero, lo que llevó a su destrucción y endeudamiento superior a los 300 mil millones de dólares.

Esta situación se modificó con el fracaso de las dictaduras militares, y en países como Uruguay, Brasil y Argentina se inició en los años 80 un proceso de apertura democrática.

También en esa década se mantuvo con fuerza el conflicto político en Centroamérica, donde desempeñaron un papel protagónico el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, en el Salvador, y la revolución sandinista en Nicaragua. En esos mismos años surge el Movimiento Ecuaménico de América Latina integrado por los sectores más avanzados de diversas iglesias cristianas, y cuyos intereses y proyecciones están en consonancia con los del pueblo.

En este contexto se afianza la Teología de la Liberación que, opuesta a la teología tradicional, se fundamenta en el análisis de la realidad social concreta y aboga por cambios en las estructuras sociales, que conduzcan a la verdadera liberación de los oprimidos. El pensamiento de los teólogos de la liberación influye en los sectores cristianos, tanto católicos como protestantes, más progresistas y revolucionarios.

Un hecho que se observa durante las tres décadas a las que se hace referencia, es la incorporación de cristianos—incluyendo sacerdotes y religiosos— a movimientos revolucionarios y de liberación nacional. Camilo Torres fue el primer ejemplo, pero hubo otros en las guerrillas de El Salvador, Guatemala y en el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

En el caso específico de Nicaragua, se manifestó una experiencia de gran trascendencia para el continente: por vez primera los cristianos, dentro de estos clérigos, religiosos y laicos, no solo formaron parte activa de la lucha insurreccional, sino también en el proceso de reconstrucción nacional. Se daba de hecho la alianza estratégica entre cristianos y marxistas.

Por otra parte, situaciones coyunturales han impulsado a obispos a enfrentarse a los gobiernos dictatoriales, tal es el caso del episcopado brasileño o de monseñor Arnulfo Romero, obispo de San Salvador, vilmente asesinado el 24 de marzo de 1980. El homicidio el 16 de noviembre de 1989 en El Salvador del sacerdote jesuita Ignacio Ellacuría,⁶ junto con otros cinco sacerdotes más, así como en diciembre de 1980 de tres monjas y una misionera laica norteamericanas pertenecientes a la orden Maryknoll, también en dicho país, demostró que la represión apuntaba a los representantes de la Iglesia comprometidos con la lucha.⁷

Es sabido que durante años han sido asesinados o desaparecidos, entre otros muchos combatientes, un ya elevado número de sacerdotes, pastores, monjas y destacados dirigentes laicos de las iglesias, que han pasado a engrosar el martirologio latinoamericano. Esto ha ocurrido en El Salvador, Guatemala, Chile, Colombia, Argentina, Nicaragua y otros países.

Puede decirse que estas décadas constituyeron escenarios de intensas luchas en Latinoamérica y se ha evidenciado un ascenso del sentimiento de rebeldía y antiimperialismo que históricamente ha caracterizado a la generalidad del continente.

Como respuesta a la pérdida de espacio y poder sufrido por los Estados Unidos en América Latina, su gobierno elaboró y puso en práctica una estrategia política y económica más agresiva, dirigida a recuperarlos por la fuerza.

Una larga lista de siniestras acciones conforma esta estrategia de Washington y que incluyó la intervención militar directa en países como República Dominicana (1965), Granada (1983), Panamá (1989), entre otros. Se mantuvo además latente esta amenaza para naciones como Nicaragua, Salvador y Panamá. Se destacó el apadrinamiento —respaldo militar, moral y financiero— a dictaduras militares, así como a bandas y organizaciones contrarrevolucionarias. El bloqueo económico, secuestros, atentados, asesinatos, sabotajes y actividades de espionaje, estuvieron contempladas como medidas de gran efectividad para el logro a corto o mediano plazo de sus propósitos hegemónicos.

Durante la administración de Ronald Reagan, la agresividad en la política exterior de forma general y en especial hacia América Latina se agudizó, respondiendo al ascenso al poder de las fuerzas neoconservadoras en los Estados Unidos, y en el plano internacional, en la elección de Margaret Thatcher como jefa del gobierno del Reino Unido, mientras en el ámbito religioso, la elección como Papa de Juan Pablo II, cuyo gobierno al frente de la Iglesia estuvo matizado por una fuerte tendencia de “restauración”.

Un caso significativo en el cual se materializó esa estrategia fue en Nicaragua, donde el triunfo de la revolución sandinista de 1979 y la resistencia que opuso a los ataques económicos, políti-

cos y militares preocuparon a los altos dignatarios de la Casa Blanca, quienes buscaron alternativas para destruirla. Las actividades encubiertas reveladas en el escándalo Irán-Contra fue una evidencia más de la preocupación de los Estados Unidos por mantener su influencia en Centroamérica.

La lucha ideológica ocupó también un lugar de especial importancia en la política exterior del gobierno norteamericano y dentro de esta, la ofensiva religiosa constituyó un elemento clave. Valoró —como lo hace ahora— el peso que lo religioso tiene para gran parte del pueblo latinoamericano y así manipularon la fe según sus intereses.

El surgimiento y desarrollo de la Teología de la Liberación, la radicalización política que en algunos países tenía lugar en las Comunidades Eclesiales de Base, y la cada vez mayor incorporación de los cristianos a las luchas sociales, eran considerados de riesgo y peligrosidad no solo por el Vaticano —que trata de salvaguardar sus intereses y mantener inquebrantable su autoridad—, sino también por el gobierno estadounidense.

La ofensiva religiosa hacia América Latina se inició en lo fundamental a finales de la década del 60 y tomó mayor fuerza en el período de la administración Reagan, adquiriendo el carácter de una política de Estado, que contó con la participación personal del presidente de los Estados Unidos.

En esta ofensiva religiosa se contemplaba una amplia variedad de expresiones, movimientos, instituciones y sectas religiosas. Dentro de ellos, las que de forma consciente y abierta exteriorizaban su alineación con la política del gobierno

estadounidense y se proponían desestabilizar el movimiento revolucionario en el continente, y los que, por la trascendencia social que tiene la incidencia de sus doctrinas y actividades litúrgicas en la conciencia y conducta del creyente, se convierten —en reiteradas ocasiones inconscientemente—, en mecanismos idóneos para manipular las creencias y sentimientos religiosos con fines políticos reaccionarios. Pero el uso por parte del Estados Unidos de las sectas en Latinoamérica origina contradicciones con la Iglesia católica.

La situación religiosa en América Latina es abordada en un documento presentado en 1969 al presidente Richard Nixon, conocido como Informe Rockefeller, en donde se señala: “Pese a que no se reconoce ampliamente, los establecimientos militares y la Iglesia Católica se encuentran hoy también entre las fuerzas en favor del cambio social y político en las otras repúblicas americanas. Este es un papel nuevo para ellos. Desde el arribo de los conquistadores hace más de 400 años, la historia de los militares y la Iglesia Católica, trabajando hombro con hombro con los terratenientes con el objeto de proveer ‘estabilidad’, ha sido una leyenda en las Américas”. Y se añade: “Poca gente se da cuenta de hasta qué punto ambas instituciones están ahora rompiendo con sus pasados. Están, de hecho, adelantándose rápidamente hacia el frente como fuerzas a favor del cambio social, económico y político. En el caso de la Iglesia, esto es el reconocimiento de la necesidad de responder más a la voluntad popular”.

Se reconoce en este documento que la agitación popular ha tenido tremendo impacto sobre la Iglesia, haciendo de

ella una fuerza inclinada al cambio, incluso, al cambio revolucionario.

Al Informe Rockefeller le sucedieron en la década de los 80 y 90, los documentos conocidos como Santa Fe I y Santa Fe II.

El documento Santa Fe I, “Una nueva política interamericana para la década de los ochenta”, después de reafirmar que la Doctrina Monroe era la piedra angular histórica de la política de los Estados Unidos hacia América Latina expresó su preocupación por el alcance ideológico del accionar de grupos vinculados a las diferentes Iglesias y a grupos de defensa de los derechos humanos, los cuales desempeñaban un papel relevante en el derrocamiento de gobiernos autoritarios, pero favorables a los Estados Unidos. En su propuesta número tres recomendaba que “[...] la política exterior de Estados Unidos debe empezar a contrarrestar [no a reaccionar en contra] la Teología de la Liberación, tal como es utilizada en América Latina por el clero a ella vinculada”.

Dicho documento reconoce que el papel de la Iglesia en América Latina es vital y se acusa a las fuerzas marxistas leninistas de haber utilizado a la Iglesia como un arma política en contra de la propiedad privada y del capitalismo, “[...] infiltrando la comunidad religiosa con ideas que son menos cristianas que comunistas”.

El documento Santa Fe II, “Una estrategia para América Latina en la década del noventa”, dando continuidad a Santa Fe I plantea: “Es en este contexto que se debe comprender la Teología de la Liberación: es una doctrina política despojada de creencia religiosa, que tiene un significado contra el Papa y contra la libre empresa,

con el fin de debilitar la independencia de la sociedad del control estatista”. Y agrega: “[...] los medios de difusión, las Iglesias y las escuelas continuarán cambiando las formas democráticas hacia el estatismo si Estados Unidos y los debidos gobiernos democráticos no reconocen esto como una lucha del régimen”.

También expone: “Muchos de los regímenes de América Latina se enfrentan a lo que se ha identificado en Washington como el ‘conflicto de baja intensidad’. Este término crecientemente ubicuo es utilizado para describir una forma de lucha que incluye operaciones psicológicas, desinformación, información errónea, terrorismo y subversión cultural y religiosa”.

A los anteriores le siguió un Santa Fe III, que no se dio a la publicidad, y el Santa Fe IV, “El futuro de las Américas. Temas para el nuevo milenio 2000”. Este último encierra el espíritu de renovar la famosa Doctrina Monroe (América para los norteamericanos) y asimismo señala a la religión y en particular a la Teología de la Liberación, como canal para la penetración del comunismo en el hemisferio.

En el período presidencial de George W. Bush (2001-2009) tiene lugar en los Estados Unidos el surgimiento de una corriente de derecha cristiana fundamentalista, cuyo propósito más que calificar de “anticristiano” a todo oponente del gobierno de Bush, es tratar de convertir a la religión en la base ideológica de uno de los dos partidos políticos principales del país.

Además, en este contexto se mantiene la penetración de las “sectas religiosas” en América Latina, que tiene su impacto en el decrecimiento

de la membresía de la Iglesia católica en el continente. Solamente en Brasil, el país de mayor por ciento de católicos en el mundo, en 10 años la proporción de fieles pasó de un 83% a un 65%.⁸

La Iglesia en la encrucijada de los cambios en América Latina al comienzo del tercer milenio

Mientras los Estados Unidos se encuentran empantanados en sus aventuras en Afganistán e Iraq, persiste en aumentar sus efectivos militares en esa región, y apoya al régimen de Israel en sus agresiones a Palestina y el Líbano, su política exterior se desacredita cada vez más en el plano internacional. Al mismo tiempo pierde influencia y posiciones en América Latina, con un mayor cuestionamiento a su modelo de “capitalismo neoliberal” y al Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA).

En Latinoamérica se dibuja otro escenario: la revolución bolivariana en Venezuela, los proyectos integracionistas en la región, las victorias populares de Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Daniel Ortega en Nicaragua, y la reelección de Luis Inacio Lula Da Silva en Brasil, y más recientemente los triunfos de Fernando Lugo en Paraguay, de Mauricio Funes en El Salvador, y de José Mujica en Uruguay, implican un viraje a la izquierda y un avance de las fuerzas progresistas en el área.

La creación de la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA), de la que ya son miembros plenos nueve naciones latinoamericanas y del Caribe, y participan dos observadores; el ingreso de Cuba al Grupo de Río y el desarrollo de proyectos como PETRO-CARIBE,

dan la medida de los avances integracionistas de la región.

Sin embargo, el golpe militar fascista en Honduras el 28 de junio de 2009 en complicidad con la oligarquía nacional y de la Conferencia Episcopal de ese país e instancias de poder en los Estados Unidos, pone de manifiesto que el imperialismo norteamericano no se resigna a que se afecten sus intereses en la región y la hegemonía política alcanzada en nuestro continente.

El cardenal de Honduras, monseñor Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, asumió posiciones de apoyo a los golpistas. Sus motivaciones fueron denunciadas en la prensa local al darse a conocer que recibía mensualmente 5 300 dólares del presidente Carlos Flores, quien precedió a José Manuel Zelaya. Claro está que no podía simpatizar con el programa social de Zelaya, su integración al ALBA y el papel desempeñado por él para el retorno de Cuba al seno de la OEA.

Rodríguez Maradiaga, uno de los más conocidos purpurados latinoamericanos, con vastos contactos en todos los niveles de la curia romana—cuyo nombre estuvo entre las figuras papables por América Latina en el último cónclave—no solo apoyó a los sediciosos militares y civiles, sino que fue un inspirador moral de los golpistas brindándoles cobertura y contribuyendo a dañar la causa democrática en América Latina, donde los golpes de Estado parecían a muchos un anacronismo superado.

Las intervenciones de Maradiaga contra Zelaya se hicieron extensivas a los gobiernos latinoamericanos que lo apoyaban, pero nunca tomaron distancia de la aventura golpista. Incluso se

cree que el cardenal hondureño estuvo involucrado con la fase conspirativa del golpe de Estado, y asimismo dio el aval a la acción antidemocrática y prometió una declaración pública como la que leyó en nombre de todo el cuerpo episcopal.

Justo en el mes anterior del golpe se formó una coalición entre diferentes organizaciones no gubernamentales, empresarios, partidos políticos, la Iglesia católica y los medios de comunicación, denominada “la unión cívica democrática” con el único propósito de derrocar al presidente Zelaya para impedir que abriera el camino a una asamblea constituyente capaz de permitir al pueblo alcanzar su voz y participar en su proceso político.

Haciéndole el juego a la posición asumida por el Departamento de Estado norteamericano, la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Honduras emitió un llamamiento bajo el título de “Edificar desde la crisis”, firmado el 3 de julio de 2009 por sus 11 obispos integrantes, en donde se hizo un llamado a la paz, al entendimiento y a la reconciliación justificando de hecho el golpe de Estado.

La jerarquía católica hondureña impugnó públicamente la consulta popular que iba a realizar el presidente Zelaya, pues la consideró un giro a la izquierda de “corte chavista”. Sacerdotes que trabajan en Honduras, comprometidos con su pueblo, han sido objeto de represalias por parte del régimen golpista y de la jerarquía católica. Tal es el caso del sacerdote Andrés Tamayo, nacido en El Salvador, a quien amenazaron con el retiro de su nacionalización hondureña, acción que constituye una arremetida política por haberse ma-

nifestado a favor del presidente José Manuel Zelaya.

Dicha posición de la Iglesia es también visible en Ecuador donde la Conferencia Episcopal por medio de monseñor Antonio Arregui Yarza, arzobispo de Guayaquil y miembro del Opus Dei,⁹ según se consigna en documento del Vaticano, expresó su desacuerdo respecto al proyecto de Constitución redactada por la Asamblea. A pesar de su cuestionamiento, la jerarquía de la Iglesia “dejó en claro” que no realizaría una campaña que impulsara el No en el referéndum, pero la posición pública de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana fue suficiente para alentar el voto nulo que a la larga restaría en las urnas adhesiones al proyecto.

El presidente Rafael Correa denunció la vinculación de la jerarquía católica a los sectores políticos opositores, expresando que “[...] había sotanas en contra del proyecto constitucional y que éstos nunca denunciaron lo inhumano de la anterior constitución”.

Por su parte, el presidente de Bolivia, Evo Morales, acusó a la Iglesia católica, por tomar parte activa en una “[...] campaña sucia, en la que reinó la mentira, el engaño y el miedo”.

Hugo Chávez centró los ataques de la jerarquía católica venezolana en su condición de impulsor del proceso integrador en Latinoamérica, en la creación del ALBA y en la defensa del socialismo como alternativa en nuestro continente. La Conferencia Episcopal ha devenido en uno de los principales centros conspirativos y desestabilizadores del país, estableciendo contactos y “fortaleciendo espiritualmente” a los dueños de los medios de comunicación, los militares golpistas, los alcaldes y gobernadores opositores, y los integrantes de la llamada Coordinadora Democrática.

La actual estrategia hegemónica de los Estados Unidos frente al integracionismo en América Latina se expresó también en el intento de golpe de Estado



De izquierda a derecha los presidentes Néstor Kirchner, Evo Morales, Hugo Chávez y Daniel Ortega. Detrás de ellos Rafael Correa y

contra Chávez en Venezuela el 11 de abril de 2002; las maniobras separatistas de la reacción en Bolivia para combatir el gobierno de Evo Morales; los problemas fronterizos en Ecuador provocados por Colombia; la inexplicable reactivación por los Estados Unidos de la cuarta flota, y posteriormente en el acuerdo con Colombia para instalar siete bases militares, que constituyen una provocación y una grave amenaza a la soberanía latinoamericana y un peligro creciente para los países miembros del ALBA.

Sobre todo ello el Comandante en Jefe Fidel Castro opinó:

El objetivo más inmediato de ese plan es liquidar el proceso revolucionario bolivariano y asegurar el control del petróleo y otros recursos naturales de Venezuela. El imperio, por otro lado, no acepta la competencia de las nuevas economías emergentes en su patio trasero, ni países verdaderamente independientes en América Latina. Cuenta con la oligarquía reaccionaria, la derecha fascista y el control de los principales medios de difusión masiva internos y externos. Nada que parezca verdadera equidad y justicia social tendrá su apoyo”.¹⁰

La posición de la jerarquía de la Iglesia en países donde se registran procesos políticos de cambio y de integración asociados al ALBA, como Venezuela, Bolivia y Ecuador, pone nuevamente de manifiesto la alianza de las figuras representativas del catolicismo con las oligarquías nacionales, los militares y la nueva estrategia global de los Estados Unidos hacia Latinoamérica; verificándose en estos países los mismos procedimientos y conducta que la

Iglesia empleó en Cuba en los primeros años de la Revolución o en Nicaragua, después del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1979, con la postura que asumió el cardenal Miguel Ovando y Bravo.

En este contexto se verifica la presencia activa del trabajo del Opus Dei, asociada a la millonaria ayuda económica proveniente del país del norte y su aparato de inteligencia, la CIA, financiamientos que se dan de manera encubierta a través de la Agencia Internacional del Desarrollo de Estados Unidos (USAID por sus siglas en inglés), en proyectos dirigidos a confundir, dividir y fomentar la oposición organizada a los procesos populares en el área.

La Iglesia en el continente, distanciada cada vez más de los pueblos que han asumido el protagonismo de los cambios, está bajo la influencia y el control de la derecha más representativa eclesial. La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en mayo del 2007 en la ciudad de Aparecida, Brasil, a un costo de un millón y medio de dólares, por primera vez, de manera significativa, contó con la presencia de representantes de los episcopados de los Estados Unidos, Canadá, España y Portugal, con “derecho a voz y voto”. Esto último llamó la atención y la crítica de diversos sectores del catolicismo latinoamericano, los cuales se han cuestionado con justeza y al mismo tiempo con preocupación, si el CELAM en el futuro cambiará de nombre y dejará de ser como hasta ahora un espacio latinoamericano.

El Vaticano y los episcopados latinoamericanos arriesgan el futuro de una Iglesia en el continente, que representa más de la mitad del catolicismo

mundial, afectada desde hace tiempo por un proceso de secularización de la sociedad, un nivel decreciente de las vocaciones sacerdotales, un desarrollo ascendente del fenómeno de las sectas religiosas –que contradictoriamente tienen su origen en los Estados Unidos– y una tendencia creciente reformista que demanda cambios estructurales en la Iglesia como la descentralización del poder de Roma a favor de las iglesias locales, y nuevas formas de ejercicio del poder del pontificado más orientado a promover la unión entre iglesias hermanas y no a un poder totalitario.

Una Iglesia, además, desde la que se expresan cada vez con mas fuerza tendencias que abarcan desde la necesidad de suprimir el celibato, darle mayor participación a la mujer, suprimir la censura al aborto y al empleo de métodos anticonceptivos, hasta la condena de la poca transparencia y determinación con que el Papa y la curia romana han tratado los numerosos casos de escándalos ocurridos en diversos países, en donde se han visto comprometidos diferentes jerarcas, clérigos y miembros de la congregación clerical ultraconservadora los Legionarios de Cristo, del mismo corte que el Opus Dei, que no han recibido el merecido castigo. El renombrado teólogo católico suizo Hans Kung en una carta abierta dirigida a todos los obispos del mundo denuncia estos escándalos que, según afirma, ha puesto en crisis la Iglesia y pide la celebración de un concilio o sínodo extraordinario para el nombramiento de otro Papa.

Se desarrolla a su vez un proceso de fragmentación conformándose una Iglesia paralela que tiene su expresión

en las comunidades eclesiales de base denominada Iglesia Popular, en antagonismo con la jerarquía que condena los procesos de cambio protagonizados por los pueblos y que ponen de manera creciente en tela de juicio la política del Vaticano sobre los problemas acuciantes que afectan a la mayoría de las poblaciones de nuestro continente.

Al mismo tiempo se aprecia un crecimiento en las iglesias protestantes o evangélicas, pues según apunta una publicación evangélica:

[...] centenares, miles y millones de hombres y mujeres, defraudados por su antigua “santa madre Iglesia”, han buscado refugio en las comunidades evangélicas, unas bautistas, otras presbiterianas, algunas anglicanas, y la gran mayoría, pentecostales. Y en esas iglesias han descubierto definitivamente al Jesús de los Evangelios, al de la solidaridad, al del compromiso social y, sobre todo, al de la trascendencia espiritual, al que redime y libera, al que dignifica y enaltece, al que reconcilia al hombre con el hombre y al hombre con Dios.

Entonces, antes estas disyuntivas y en un escenario mundial ante el cual está en peligro la supervivencia misma de la especie humana y los Estados Unidos y sus aliados se resisten a la adopción de medidas encaminadas a la reducción de los riesgos, la determinación cada vez mayor de nuestros pueblos de participar y apoyar los procesos de cambio que se registran, cabría preguntarse: ¿De qué lado tomará partido la Iglesia en la medida que se adentre en los retos que le depara el tercer milenio?

Notas

¹Grigulevich, Iosif Romualdovich. *La Iglesia católica y el movimiento de liberación de América Latina*, Editorial Progreso, Moscú, 1984, p. 153.

²Fernández Santalices, Manuel. *Presencia en Cuba del catolicismo. Apuntes históricos del siglo XX*, Editorial Konrad Adenauer, Caracas, 1998, p. 4.

Tomado del artículo publicado en la revista *Blanco y Negro*, Madrid, Año VI, No. 262, 2 mayo 1896, p. 4.

³Grigulevich, I. R. *Op. cit.* (1). p. 26.

⁴Pattee, Richard. *El catolicismo contemporáneo en Hispanoamérica*, Editorial FIDE, Buenos Aires, 1951.

Referencia suya aparece en la página 345, de la “Historiografía de la Iglesia en Cuba (1902-1952)”, de Augusto Montenegro González, aparecido en *Anuario de la Historia de la Iglesia* (Pamplona, España, Universidad de Navarra, 2005).

⁵Ezcurra, Ana María y Cayetano de Lella. “La UPI en Puebla. Manipulación Ideológica de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano”. Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC) y Centro de Estudios Euménicos, Perú, 1980, p. 9.

⁶Ellacuría, Ignacio (1930-1989). Sacerdote jesuita hispano-salvadoreño, rector de la Universidad Centroamericana de San Salvador. Representante de la Teología de la Liberación, por su prestigio intelectual y su valiente denuncia de la situación del país se granjeó la enemistad de algunos sectores que le amenazaron con insistencia para callar su voz. El 16 de noviembre de 1989 fue asesinado por el Ejército, en la residencia de la Universidad junto con los también jesuitas Ignacio Martín Bavo, Segundo Montes, Armando López, Juan Ramón Moreno, Joaquín López y López, Elba Julia Ramos y la hija de esta Celiña, de 15 años de edad.

⁷El 2 de diciembre de 1980 en El Salvador fueron asesinadas tres monjas, Ita Ford, Maura Clarke, Dorothy Kazel, y una misionera Jean Donovan, todas norteamericanas. Fueron llevadas a un lugar aislado donde las violaron y les dispararon a corta distancia. El sacerdote Rafael Poncele, párroco de Torula, lo calificó como otro hecho

cruel de la historia del país, de uno de los períodos más oscuros.

⁸García Ruiz, Máximo. Viaje del Papa a Brasil. *Lupa Protestante. Revista de Teología y Opinión*, Barcelona, España, p. 1-6.

⁹Opus Dei (En latín la obra de Dios). Organización secreta y ultra conservadora considerada un aparato de poder y de inteligencia del Vaticano, fue fundada el 2 de octubre de 1928 por José María Escrivá de Balaguer, sacerdote católico español. El Opus Dei, tras haberlo solicitado desde 1962, logró ser elegida como Prelatura Personal en 1982, la única que existe hasta hoy, obteniendo con ello gran autonomía, pues el prelado solo debe rendir cuentas de sus actos al Papa en persona. Actualmente su sede central radica en Nueva York, Estados Unidos, en un edificio de 17 pisos situado en una zona céntrica de esa ciudad, cuya construcción en el 2001 ascendió a 70 millones de dólares. José María Escrivá de Balaguer (9-1-1902-26-6-1975) fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 17 de mayo de 1992.

¹⁰Castro Ruz, Fidel. Es la hora del recuento y de la marcha unida. *Granma*, La Habana, 28 ag. 2009. Reflexión del Comandante en Jefe del 27 de agosto de 2009.

Bibliografía

Anuario pontificio para el 2000, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2000.

BOLET, FRANCISCO. “Iglesia Católica y Gobierno Venezolano en la diatriba pública: Estrategias discursivas de poder, autodefensa y ataque”.

La Iglesia en cosas políticas como decir que la constituciones estatista. *Cadena Radial*, Ecuador, 2 ag. 2009.

CALVIAC MORA, AIDA. El poder de “ajustar” la geografía. *Granma*, La Habana.

Comunicado del Cardenal Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga. *El País*, Honduras, 4 jul. 2009.

“La iglesia católica prohíbe que yo siga caminando con el pueblo”. *Crónicas*

- y críticas de América Latina (un espacio para el debate honesto, libre e independiente para la integración en América Latina).
- Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (CELAM), realizada del 13 al 31 de mayo de 2007, en la ciudad de Aparecida, Brasil, documento de 287 páginas, aprobado por el Papa Benedicto XVI el 29 de julio de 2007.
- GOLINGER, EVA. Pruebas de que EE.UU. y la Iglesia Católica están detrás del Golpe de Estado en Honduras. *Radio la Nueva República*, México, 22 sept. 2009.
- GONZÁLEZ SANTAMARÍA, ABEL. Estamos unidos en la V Cumbre de las Américas: ¿El gran garrote o el buen vecino? I y II. *Granma*, La Habana, 16 y 17 abr. 2009.
- GRIGULEVICH, IOSIF ROMUALDOVICH. *De Pío XII a Juan Pablo II*, Comité Central del PCC, La Habana, 1978.
- _____. *La Iglesia y la sociedad en América Latina*, Redacción Ciencias Sociales Contemporáneas, Academia de Ciencias de la URSS, 1983.
- _____. *El papado del siglo XX*, Editorial Progreso, Moscú, 1982.
- _____. *La penetración ideológica de los Estados Unidos en los países de América Latina*, Academia de Ciencias de Cuba e Instituto de Historia, La Habana, 1968.
- MÁRQUEZ FARIÑAS, JOSÉ MIGUEL. *La Iglesia y el triunfo revolucionario de 1959. Confrontación de los intereses de la nación cubana*. Libro terminado en el 2009, en proceso de revisión.
- MONTENEGRO GONZÁLEZ, AUGUSTO. Historiografía de la Iglesia en Cuba (1902-1952). *Anuario de la Iglesia*, Pamplona, España, Año XIV, 2005.
- Motivaciones del cardenal golpista: Oscar Andrés Rodríguez recibía 5,000.00 dólares mensuales del gobierno de Flores. *CubaDebate* 8 jul. 2009.
- Participantes de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Listado Oficial dado a conocer por el Vaticano de las 266 personas entre miembros, invitados, observadores y peritos.
- SÁNCHEZ SERRA, OSCAR. La vergonzosa historia de la OEA (I, II y III). *Granma*, La Habana, 22, 27 y 29 mayo, 2009.
- SUÁREZ SALAZAR, LUIS. *Madre América: Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*. 2ª ed. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.
- Mención Honorífica. Premio Libertador al Pensamiento Crítico.

